



LOS PACIENTES

(vistos por quienes esperan)

FERDINANDO FREGA

**“Una clínica cura a los pacientes.
Una comunidad que cuida sostiene a las
personas.”**

I. Los Pacientes

Cuando un paciente entra por primera vez en un centro de rehabilitación, rara vez es él quien ha elegido ese momento. A menudo llega acompañado por alguien que ha tomado la decisión más difícil de todas: seguir creyendo que aún existe un camino.

La persona que vive a su lado lleva dentro, siempre, la misma pregunta. ¿Cuándo terminará este calvario? Y enseguida llega otra, obstinada y silenciosa:

¿Por qué él? ¿Por qué nosotros?

En estos lugares, sin embargo, los pacientes no son solo quienes portan un diagnóstico. Eso pertenece a la medicina, a las clasificaciones, a los protocolos.

La realidad es distinta.

Pacientes son también quienes esperan, quienes acompañan, quienes sostienen. Pacientes son quienes viven cada día junto al sufrimiento, compartiendo miedos, sacrificios, esperanzas y agotamientos que ninguna historia clínica registrará jamás.

Al entrar en un centro de rehabilitación, uno encuentra otras personas, otras historias, otros destinos en suspenso. Y mientras quien recibe tratamiento suele estar absorto en su propia batalla diaria, quien acompaña observa, compara, reflexiona.

Ve casos más duros, condiciones más graves, recorridos más largos.

Y, casi con un sentimiento de culpa, piensa:

“Bien mirado, podría haber sido peor.”

Pero cada persona que llega trae una historia distinta, y guarda dentro, en lo más hondo, la misma pregunta, reflejada y moldeada por la incertidumbre:

¿Qué será posible mañana?

En los momentos de espera y de permanencia, las conversaciones cambian de naturaleza. Se habla cada vez menos de la enfermedad, y cada vez más de la vida.

Cuentan quiénes fueron antes.

Recuerdan cómo empezó todo.

Comparten las pequeñas victorias que a otros pueden parecerles insignificantes pero que para alguien son un hito inmenso.

Hablan de los progresos invisibles, de las decepciones que conviven con la perseverancia, de la esperanza que sigue viva dentro de la espera.

Sobre todo, hablan de quienes permanecen cerca.

De cuántos sacrificios hacen quienes cada día siguen tendiendo una mano.

Y a menudo emerge un pensamiento que nadie había previsto:

“Acepto lo que he llegado a ser. No es eso lo que me pesa. Lo que me pesa es el peso que estoy haciendo cargar a los demás.”

Es un valor cotidiano.

Un valor silencioso.

Un lugar donde no se puede uno permitir rendirse, donde cada paso exige voluntad, donde hasta la tristeza se esconde para proteger a quienes nos aman.

Porque quienes están a nuestro lado nos miran con una atención que quizá nunca antes habíamos conocido.

Cada movimiento se advierte.

Cada mejora se celebra.

Cada recaída se comparte.

Somos los pacientes.

Los que buscan un camino de regreso.

Para algunos, un paso es algo ordinario.

Para otros, es una victoria.

Y, sin embargo, la esperanza sigue en pie, obstinada, incluso cuando todo parece indicar lo contrario.

Observar las historias de los demás nos enseña a reconocer el valor de lo que todavía tenemos.

Y quien de verdad atraviesa el sufrimiento comprende una verdad que a menudo escapa a quienes viven en la normalidad:

no son las grandes cosas las que sostienen la vida.

A veces basta poco.

A veces basta casi nada.

Y ese casi nada puede convertirse en todo.

II. Epílogo

Un paciente es una persona.

Una comunidad de sufrimiento es mucho más.

Nadie puede decir de verdad: a mí nunca me pasará.

La enfermedad no conoce ingresos, no mide prestigios, no traza distinciones sociales. Llega sin pedir permiso y cambia la vida de aquel a quien encuentra y de quienes viven a su lado.

Por eso deberíamos aprender a mirar cada día con mayor gratitud.

A menudo son los propios pacientes quienes comprenden más hondamente el valor de la vida, porque han conocido su fragilidad. Saben cuánpreciado puede ser un simple gesto, una mano tendida, una pequeña mejora que a otros parece insignificante.

Y quizá sea por eso por lo que nadie debería sentirse con derecho a juzgar.

Nunca sabemos qué batalla libra la persona que tenemos delante.

Nunca sabemos qué se esconde tras una puerta cerrada, tras un silencio, tras un agotamiento que nunca se cuenta.

El sufrimiento enseña que la vida está hecha no solo de lo que poseemos, sino de lo que logramos conservar cuando mucho nos es arrebatado.

Y es entonces cuando descubrimos una verdad sencilla.

Para algunos, un paso es algo ordinario.

Para otros, es una victoria.

Y toda victoria merece respeto.

III. Página del autor

Esta obra no fue encargada.

No fue vendida.

No fue hecha con fines comerciales.

Fue escrita para dar testimonio del valor de la rehabilitación, de la dignidad humana y de la relación entre las personas.

El único honorario que se pide es un dólar simbólico, no como pago por la obra, sino como testimonio de un compromiso compartido con una cultura del cuidado, de la esperanza y de la responsabilidad.